

Carisma del *Regnum Christi*

Universidad y Misericordia

Eduardo Robles-Gil, L.C.

Gran Canciller del Ateneo Pontificio Regina Apostolorum y Director General de la Congregación de los Legionarios de Cristo.

Notas

Bienvenidos a este encuentro en el contexto del Jubileo de las Universidades. Estamos aquí para reflexionar sobre la contribución de nuestro carisma a la misión de la Iglesia a través de la Universidad, en el contexto más amplio del Año de la Misericordia. Dirijo un saludo especial a la Congregación para la Educación Católica en la persona del Prefecto, el Card. Giuseppe Versaldi, y del Secretario, Mons. Vincenzo Zani; y al Vicariato de Roma, en la persona de Mons. Lorenzo Leuzzi, por el empeño en organizar este evento y en involucrar también a los movimientos eclesiales. Quiero dirigir un saludo y expresar una gratitud particular a todos vosotros que con vuestro trabajo sois parte de la misión universitaria en Roma y también para aquellos que no están presentes aquí pero que están comprometidos de diversas maneras en las quince universidades de la Red del *Regnum Christi* en el mundo: docentes, colaboradores de la administración y secretaría. Sin vuestra competencia, pasión y adhesión a la misión común, nuestro proyecto educativo sería letra muerta, un documento ideal. Con vosotros, y gracias a vosotros, llega a ser comunidad de personas que ponen en común sus talentos al servicio de los estudiantes. También, a vosotros, queridos estudiantes, un saludo de corazón porque sois vosotros, vuestra formación, vuestro futuro, quienes motivan todo este esfuerzo para vencer los retos y dar sentido a tanto trabajo.

Nuestro encuentro se coloca en el ámbito del Jubileo de la Misericordia. Quisiera detenerme muy brevemente en el concepto de misericordia y la relación entre misericordia y justicia, y entre misericordia divina y miseria humana.

Para comprender el significado de la misericordia no es suficiente decir que Dios ha amado al mundo. Debemos añadir: Dios ha amado un mundo culpable, ha amado un hombre que no ha correspondido a su amor, que lo ha ofendido repetidamente. Sólo así comprendemos que Dios no es solo el Amor, sino que es también Misericordia.

Al amar al pecador, en su “inclinarse” sobre el mal, Dios no busca aceptar el mal, sino curarlo en la raíz, redimirlo con el don de su misma vida. Podemos decir con las palabras de san Pablo, que hemos elegido como lema de las Universidades del *Regnum Christi*, que el Señor “vence el mal con el bien” (*Rm* 12,21). Es decir, su misericordia nos libera de nuestra miseria, sin “hacer concesiones” sobre la verdad del pecado y la justicia.

La relación entre la misericordia y la justicia es uno de los temas más profundos y esenciales del cristianismo: es un reto para una universidad que, inspirada en la visión cristiana del hombre, debe buscar una síntesis siempre nueva entre capacidad de escucha a las exigencias, sufrimientos, fragilidades del hombre de hoy; y una propuesta de integración mente/corazón, trascendencia, tensión hacia la plenitud y la santidad persona. La misericordia para todos nosotros, y esto todos los días, es abajarse sobre las necesidades de los demás.

¿Cómo podemos responder a esta llamada, en cuánto universidad católica, nacida en el ámbito de un carisma específico, el del *Regnum Christi*?

Las universidades de la Legión de Cristo y del *Regnum Christi* han nacido de la fecundidad de su carisma espiritual y apostólico. La riqueza inagotable del misterio de Cristo hace que las diversas congregaciones y movimientos expresen «un proyecto preciso de relación con Dios y con el ambiente circundante, caracterizado por peculiares dinamismos espirituales y por opciones operativas que resaltan y representan uno u otro aspecto del único misterio de Cristo»¹.

Recojo sintéticamente algunos elementos principales:

- a. Cristocentrismo. El miembro y las obras del *Regnum Christi* están llamados a hacer particularmente presente el misterio de Cristo Señor que reúne en torno a sí a los apóstoles, les revela el amor de su corazón, les forma y los envía para colaborar en la instauración de su Reino en los corazones de los hombres y en la sociedad.

¹ Cf. JUAN PABLO II, Exhortación postsinodal *Vita consecrata*, n. 93; y también *Lumen gentium*, n. 46.

- b. Caridad. El corazón del Evangelio es el amor misericordioso de Dios y la caridad cristiana. También en la universidad el miembro del *Regnum Christi* busca vivir una caridad auténtica como Cristo la testimonia y la predica en su evangelio.
- c. Liderazgo personal e institucional. El *Regnum Christi* busca en sus apostolados que las personas se encuentren con Cristo y que Él las haga apóstoles. Unas personas evangelizadas y formadas en profundidad podrán evangelizar su entorno, poniendo su liderazgo al servicio de sus hermanos y de la cultura de hoy.
- d. Prioridad educativa. La educación es una prioridad apostólica permanente de la Legión de Cristo y del *Regnum Christi*. El último capítulo general afirma que: «Nuestros colegios y universidades, además de lograr ofrecer una formación de excelencia, deben crear comunidades llenas de fe y de amor a Dios, a la Iglesia y a las almas y ser focos de evangelización y de irradiación de nuestro carisma asegurándonos que haya una adecuada coordinación entre los grupos del *Regnum Christi* y esas instituciones».
- e. Propuesta de formación – formación integral. Nuestro proyecto educativo está orientado hacia una formación global que persigue el desarrollo armonioso y jerárquico de las facultades humanas: intelecto, voluntad, pasiones, sentimientos, imaginación, memoria. Es jerárquico porque entre estas facultades, la inteligencia humana es la facultad que dirige a toda la persona; una buena formación asegura al estudiante la capacidad de razonar las cosas a la luz de la fe, que gobierna su existencia, y no de los sentimientos y pasiones.
- f. Una propuesta evangélica al paso de los tiempos y en el respeto a cada persona. Dado que cada generación tiene un lenguaje cultural diverso, es necesario saber salir para llamar y acoger a las personas allá donde se encuentren². En este sentido la evangelización es siempre ‘nueva’. Muchas veces se debe iniciar con los primeros pasos de la fe y dando razones de la propia esperanza (cf. 1 Pt 3,15), para poder iniciar un camino que podrá llevar a las personas al encuentro con Cristo y a un compromiso profundo y activo con Él.

² Cf. FRANCISCO, *Evangelii Gaudium*, nn. 119.127.

Como universidad, estamos viviendo el Jubileo de la Misericordia. En este contexto, entre varias piezas que componen el mosaico del carisma del *Regnum Christi*, quisiera evidenciar dos que considero particularmente relacionadas a la misericordia: construir verdaderas comunidades académicas inspiradas en el espíritu evangélico, y ampliar los horizontes de dichas comunidades hacia fuera de los muros universitarios: es la llamada tercera misión.

a. Construir una auténtica comunidad académica, una comunidad cristiana

La universidad no es simplemente una institución, una organización, en la que conviven hombres y mujeres buscando satisfacer ciertos intereses y necesidades particulares o sociales. Más allá de esto la universidad es y aspira a crecer como una verdadera comunidad de personas. El nombre de universidad se refiere a aquellas primeras asociaciones de enseñanza entre maestros y alumnos que surgieron en la Edad Media, *universitas magistrorum et scholarium*. De hecho, la palabra latina *universitas* no hace referencia a un presunto carácter universal del conocimiento enseñado, sino a un término del latín jurídico que significa “comunidad”. Ayer como hoy, ser comunidad es esencial a la universidad. Somos una comunidad eclesial ya que ha nacido “del corazón de la Iglesia” (*ex corde Ecclesiae*).

Como comunidad eclesial nos mueve el amor al hombre; estamos llamados a hacer visible y resplandeciente el designio de comunión que Dios tiene para todos los hombres; estamos llamados a ser «como un sacramento o signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano» (LG 1), sacramento universal de salvación (cf. LG 48).

La comunidad eclesial ha de ser expresión de la caridad de Dios de modo que todos los que tengan contacto con ella se vean atraídos hacia Cristo. Si los cristianos que trabajamos en la universidad vivimos coherentemente nuestra fe hecha caridad, hecha vida, el resultado será una cultura transformada por la presencia de Cristo, comenzando por la cultura de la propia universidad.

Nuestra comunidad es una comunidad formativa tanto por su naturaleza eclesial como por su especificidad universitaria genuina. El centro de la comunidad universitaria es la relación interpersonal formativa tejida entre profesores y estudiantes, que tiene como base la búsqueda común de la verdad y el bien. Unos y otros, profesores y estudiantes, se ayudan a lograrlo y

comparten el gozo de la verdad; de descubrirla y comunicarla³. Alrededor de esta relación, como su núcleo fundamental y a su servicio, crece todo lo demás: la investigación y difusión del conocimiento, las actividades culturales, las publicaciones, e incluso los aspectos materiales como la disposición de las instalaciones o el uso de los recursos tecnológicos. Todo en la universidad ha de ser formativo, es decir, ha de ayudar al desarrollo y perfeccionamiento de las personas.

Esta relación de estudiantes y maestros no excluye a los demás o se cierra sobre sí con aires de superioridad sino todo lo contrario: se abre e incluye al resto de la comunidad como parte de un solo cuerpo. De hecho, la aportación que hace el personal directivo y administrativo a la formación es de primer orden, en particular en las relaciones interpersonales y en aquellas con los alumnos, sobre todo cuando, en el desarrollo del propio trabajo, al servicio de la comunidad, tienen contactos directos con los estudiantes. Así mismo la relación entre estudiantes y maestros se abre en el tiempo a la aportación de las generaciones pasadas y se proyecta hacia las futuras. Por último, va más allá de las fronteras de la propia universidad: se interesa y compromete con la academia y con la sociedad en la que vive y a la cual sirve.

En la gran tarea de buscar la verdad, la persona necesita a la comunidad universitaria: resulta de gran ayuda, pues «la razón necesita ser sostenida en su búsqueda por un diálogo confiado y una amistad sincera»⁴.

Nuestra comunidad universitaria aspira a una auténtica comunión no sólo de inteligencias sino de corazones en la común búsqueda de la verdad.

Nuestras universidades aspiran a educar personas no sólo sabias sino virtuosas. La universidad ha de ser escuela de amor por las relaciones interpersonales de comunión y donación. Cuando el amor está en el centro de la universidad, la misma búsqueda de la verdad toma un rumbo constructivo, pues la verdad y el amor se necesitan mutuamente: «no aceptéis nada como verdad que esté privado de amor. Y no aceptéis nada como amor que esté privado de verdad. La una sin el otro se convierten en una mentira destructora»⁵.

La presencia en los campus de las universidades católicas de numerosos estudiantes no católicos o no creyentes no debe ser motivo para disminuir su identidad o compromiso católicos institucionales. «De la estrecha relación de toda Universidad Católica con la Iglesia derivan, como consecuencia, la

³ Cf. JUAN PABLO II, Constitución apostólica *Ex Corde Ecclesiae*, n. 1.

⁴ JUAN PABLO II, *Fides et ratio*, n. 33.

⁵ JUAN PABLO II, *Homilía en la canonización de Edith Stein*, 11 de octubre de 1998.

fidelidad de la Universidad, como institución, al mensaje cristiano, y el reconocimiento y adhesión a la Autoridad magisterial de la Iglesia en materia de fe y de moral. Los miembros católicos de la Comunidad universitaria, a su vez, están también llamados a una fidelidad personal a la Iglesia, con todo lo que esto comporta. De los miembros no católicos, en fin, se espera el respeto al carácter católico de la institución en la que prestan su servicio, mientras que la Universidad, a su vez, deberá respetar su libertad religiosa»⁶.

b. Salir en busca del otro: servicio y caridad. Tercera misión de la universidad

Un corazón misericordioso es movido por un celo por la salvación del mundo y por una exigencia interior que podemos llamar caridad. Dentro de una institución universitaria, una forma eminente de ésta, es la caridad intelectual. En 1930, la “caridad intelectual” fue elegida por Montini – en ese tiempo, asistente eclesiástico nacional de la FUCI, Federación Universitaria Católica Italiana - como título de un breve artículo escrito para la revista estudiantil *Azione fucina*. Dice: «También la ciencia puede ser caridad [...] cualquiera que con la actividad intelectual y de la pluma busca difundir la verdad, hace un servicio a la caridad». En la encíclica *Humanae Vitae* el beato Pablo VI afirmaba que «no disminuir en nada la doctrina de Cristo es una eminente forma de caridad hacia las almas» (n. 29). «Este aspecto de la caridad – decía el Papa Benedicto a los educadores católicos en los Estados Unidos de Norteamérica, el 17 abril 2008 – exige al educador reconocer que la profunda responsabilidad de guiar a los jóvenes a la verdad es más que un acto de amor».

No faltan ejemplos de esta caridad intelectual. Pensemos en el trabajo de un estudioso y profesor universitario como Joseph Ratzinger. Los años de estudio esforzado forjaron en él las cualidades del buen profesor y del teólogo de la Iglesia que después, como obispo y papa, ha puesto al servicio de la comunidad: rigor científico, alma creyente, voluntad de buscar y proclamar la verdad, sensibilidad histórica, intuición de lo esencial, capacidad de síntesis, investigación de datos, precisión en la definición de términos, claridad y coherencia en la exposición sistemática. Caridad intelectual es este esfuerzo, muchas veces escondido, del estudiante y del profesor. Como profesor universitario de teología, J. Ratzinger maduró otra forma de caridad: la relación sincera y cordial con sus alumnos. Los alumnos lo admiraban porque no se limitaba a repetir el contenido de los manuales y porque buscaba relacionar lo que enseñaba con la vida presente. Trataba de comunicarles su rigor y

⁶ JUAN PABLO II, *Ex corde Ecclesiae*, n. 27.

su apertura intelectual. Ratzinger, como verdadero y buen intelectual, ama los libros, pero mucho más ama las personas. Es capaz de una abnegación cotidiana tenaz, nunca vistosa, en bien de la persona y de la comunidad. La verdad cristiana es una persona: Jesús; y se resume en el amor por Dios y por los hermanos. La verdad cristiana debe ser “hecha” en el amor. Al final de la vida, como decía el Papa Ratzinger, lo que queda son las personas, su alma inmortal, y lo que se ha sembrado en ellas: «el amor, el conocimiento; el gesto capaz de tocar el corazón; la palabra que abre el alma al gozo del Señor»⁷.

La tercera misión de la universidad, tema central del Simposio de los docentes universitarios que se lleva a cabo en estos días, es pues un *servicio real a la sociedad*, no una investigación abstracta. La universidad católica, participando activamente en la misión de la Iglesia, comparte la misma inquietud: su tarea no está limitada a realizar una investigación ideal y abstracta de la verdad, sino que, a través de la investigación, debe ponerse al servicio del bien de la sociedad; su tensión hacia la verdad en la libertad, que forma parte de su alma más profunda, no excluye un vivo interés por los problemas inmediatos del hombre⁸.

Juan Pablo II expresó esta idea en 1980 en un discurso a los estudiantes universitarios e intelectuales de Kinshasa: «La idea misma de universidad, universal en su proyecto por definición, no implica que ella se coloque de algún modo fuera de la realidad del país donde está establecida. Al contrario, la historia muestra cómo las universidades han sido instrumentos de formación y de difusión de una cultura propia de sus países, contribuyendo con fuerza a forjar la conciencia de la identidad nacional»⁹.

A diferencia de los poderes de carácter legislativo y ejecutivo, la universidad tiene una libertad propia que nace de la investigación desinteresada por la verdad: precisamente esta característica le permite desempeñar un servicio precioso de cara a la conservación del patrimonio cultural más elevado de cualquier nación, para volver a entregar de tiempo en tiempo a las nuevas generaciones. Puede ser, conforme a una fuerte expresión de Juan Pablo II, «la conciencia de la nación»¹⁰.

⁷ J. RATZINGER, *Homilía de la misa para elección de Pontífice*, 18-05-2005.

⁸ Cf. IOANNES PAULUS II, «Incontro con gli intellettuali e gli studenti cattolici», in *AAS* 78 (1986), 52-61.

⁹ JUAN PABLO II, «Discurso a docenti e studenti universitari», in *AAS* 72 (1980), 455.

¹⁰ JUAN PABLO II, «Ai retòtori delle università della Polonia», in *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, XIX/1 (1996), 21.

Transmitir la visión antropológica cristiana. La primera forma de servicio que la universidad católica ofrece a la sociedad, consiste en su tarea cultural de armonizar la investigación científica con los principios éticos y religiosos que dan pleno sentido a la vida humana. En algunas ocasiones, esta llamada obligará a la universidad católica al «valor de decir verdades incómodas, verdades que no agradan a la opinión pública, pero que son necesarias para salvaguardar el bien auténtico de la sociedad»¹¹.

Formación que ayude a superar una visión egoísta y funcionalista. La sociedad espera que la universidad prepare hombres y mujeres maduros, capaces de ser «constructores de humanidad y servidores de sus hermanos»¹². Quienes entran deben estar preparados para interiorizar un verdadero espíritu de servicio al bien común, «porque la universidad no tiene como objetivo principal la búsqueda de títulos, diplomas o encomiendas bien retribuidas, sino la tarea fundamental de la formación del hombre y del servicio al Pueblo»¹³. El alumno que entre en el mundo de la universidad católica, por tanto, ha de ser estimulado a superar tal visión y a madurar un espíritu de servicio, a vivir el esfuerzo del trabajo intelectual, no sólo como una condición para su realización personal, sino, sobre todo, como participación responsable en la búsqueda de soluciones a los problemas más vivos de la sociedad. La universidad católica debe formar en los estudiantes la sensibilidad hacia el bien común por encima del interés egoísta e inmediato del individuo.

Como expresión concreta de esta tarea, nos esforzamos por promover en todas nuestras universidades -como saben- programas de responsabilidad social y voluntariado que despierten en los miembros de la comunidad un auténtico espíritu de solidaridad hacia el que sufre. Maravilloso y conmovedor, es este sentido, ha sido el ejemplo de la Madre Teresa de Calcuta. Todavía resuenan en el corazón las bellas palabras del Papa Francisco pronunciadas el 4 de septiembre en la homilía de su canonización: «Que esta incansable obrera de la misericordia nos ayude a comprender cada vez más que nuestro único criterio de acción es el amor gratuito, libre de toda ideología y de todo vínculo de reserva hacia todos sin distinción de lengua, cultura, raza o religión». A Madre Teresa le encantaba decir: «Quizá no hablo su lengua, pero puedo sonreír».

¹¹ JUAN PABLO II, *Ex corde Ecclesiae...*, 1494.

¹² JUAN PABLO II, «Incontro con il mondo della cultura, con i docenti e con gli studenti nella sede dell'Ateneo Torinese», in *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, XI/3 (1988), 551.

¹³ JUAN PABLO II, «Discorso a docenti e studenti universitari», in *AAS* 72 (1980), 458.

Queridos estudiantes, con vuestras acciones podéis cambiar el mundo. Es verdad: el mundo, las personas os esperan. El Evangelio es claro. Los apóstoles preocupados por el gentío que no tenía nada para comer piden al Señor que los envíe a otro lugar para encontrar algo para comer. Y Jesús habla claro y seguro. Dadles vosotros de comer. A nosotros, a nuestro intelecto y a nuestro corazón, corresponden las soluciones a los problemas y necesidades de las personas.

A la luz de estas reflexiones, quisiera subrayar el papel del testimonio de los docentes en la transmisión a los alumnos de este espíritu de servicio desinteresado y frecuentemente fruto del sacrificio. Es un aspecto que posee una trascendencia quizá insuficientemente valorada. «Legítimamente se puede pensar que el futuro de la humanidad – afirma la *Gaudium et spes* – está en las manos de aquellos que son capaces de transmitir a las generaciones de mañana razones de vida y de esperanza»¹⁴. El docente universitario está en primera línea de este “paso del testigo” cultural y desempeña este rol fundamental en la medida que toma consciencia de su vocación de transmisión de la pasión por la verdad y de la educación al saber de quienes tiene delante como alumnos.

Colaboración entre las disciplinas y entre la universidad en la búsqueda de soluciones. Condición para realizar esta misión de servicio de la que estamos hablando, es la capacidad de crear sinergia, de juntar iniciativas y talentos, que constituye una de las potencialidades más importantes de la universidad. La Iglesia habla de ello en el documento *Ex corde Ecclesiae* (n. 35) e invita a sus universidades a realizar, en su interior, una cooperación entre las varias disciplinas académicas, de manera que la contribución científica específica, que ellas ya ofrecen, sea siempre orientada a la búsqueda de soluciones al servicio del bien común. Dicha cooperación debe desarrollarse también fuera, entre instituciones universitarias diversas, católicas o no, nacionales e internacionales, para formar una red internacional.

Conclusión

Cada miembro de la comunidad académica de las universidades de la Legión de Cristo y del Movimiento *Regnum Christi* es invitado a considerarse un cooperador de la verdad, llamado a participar en la misión evangelizadora de la Iglesia, con estas especificaciones: formar apóstoles, líderes cristianos, al servicio de la Iglesia y de los hombres para testimoniar el misterio de Cristo; crear corrientes culturales de pensamiento cristiano que, en plena comunión con el magisterio de la Iglesia y en respuesta a las cuestiones

¹⁴ CONC. VAT. II, *Gaudium et spes*..., n.31.

teóricas y existenciales del hombre, permeen nuestra sociedad del espíritu de caridad cristiana. Y con nuestras acciones llenas del amor misericordioso, encontrar soluciones prácticas a las necesidades de las personas cercanas.

Expreso un profundo “gracias” porque sin el compromiso, la dedicación y la pasión de cada uno de ustedes, profesores, colaboradores administrativos y alumnos, no sería posible llevar adelante la misión trascendente de hacer de nuestras universidades auténticos canales de la Misericordia divina.